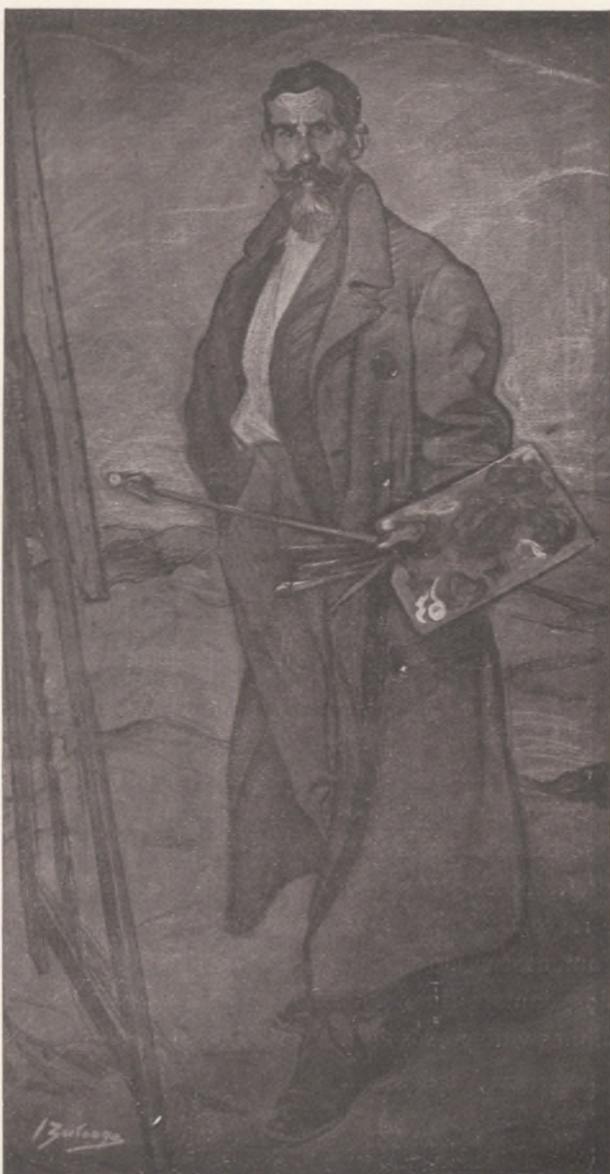


nante que sobre Velázquez ha escrito un español, ha debido revestir un idioma extraño, para no predicar en desierto (1).

Cuando el claro lenguaje de los pintores no encarna en sus representaciones plásticas una idea concretamente literaria, resulta ininteligible para las mayorías, como si se tratara de algún texto sanscrito, hebreo... ó escrito en la propia lengua patria, bien hablada ó admirablemente escrita; y así resulta que para nosotros, españoles de este momento tomados en conjunto, para nada recordamos las alturas alcanzadas por Cervantes, fuera de un haz de adagios y de moldes que vienen á ser un montón de ruínas manejadas á guisa de lengua cerrada. En cuanto á la savia, al alma del lenguaje, ha ido amen-

guando hasta hacer imposible el hablar ó escribir sin frases hechas y circunloquios colocados cual obstáculos para un lenguaje claro y preciso.

Estos hechos que tratándose de la lengua hablada y escrita resultan comprensibles muy sencillamente, existen espantablemente aumentados en el medio de expresión pictórica, que transmite en monumentos á todos cuantos van naciendo, los aspectos de los tiempos en que vivieron los grandes maestros. ¿Es preciso escribir ó decir lo más mínimo, para demostrar quienes fueron los hombres de los tiempos de Velázquez y las mujeres cual seducción



DANIEL ZULOAGA

POR I. ZULOAGA

(1) Hago alusión á la obra de don Aureliano de Beruete, cuya primera edición fué publicada en francés y que acaba de ser traducida al inglés.



FONTAINEBLEAU POR I. ZULOAGA  
(PERTENECE AL ESCULTOR DURIO)

continua hiriéndonos, gracias á la obra de Goya? Pues, apesar de todo ello, esta supervivencia de unas Españas que ya no son, nada ó casi nada ha dicho á los compatriotas de los dos grandes pintores, y mientras tanto, desde todas las grandes tierras civilizadas, crece el torrente de peregrinos que llegan sedientos á la gran fuente de verdad que brota en el oasis del Prado.

Zuloaga ha sido el romero más constante de este incesante movimiento; viviendo en el extranjero, ha pasado su existencia cerca de las grandes esferas en las que se mueve la corriente que busca fuerzas dentro de las lecciones legadas por nuestros grandes maestros, y en este, como en otros punto esenciales de su labor artística, no ha hecho más que seguir las buenas tradiciones de la familia de grandes artistas á la que pertenece.

El abuelo de Ignacio Zuloaga, fué el verdadero organizador de la Real Armería de Madrid, y deseando verse continuado en su obra, hizo de su hijo Plácido un verdadero artista, preparándole para un renacimiento Español que buscaba y deseaba, sin que le cupiera la suerte de verle iniciado; alumno preferido en París de Liénard, aprendió con profundo conocimiento de causa á respetar lo que en España había visto sin que hasta entonces hubiese oído comentar como verdaderas maravillas, los cincelados, la orfebrería, los nielados, damasquinados y trabajos de fragua artística, reunidos en algunas colecciones y dispersos en manos de unos pocos particulares hombres de gusto.



TENTACIÓN, POR I. ZULOAGA

(PERTENECE A M. \* \* \* DE GINEBRA)



RETRATO. (MUSEO DE PAU), POR I. ZULOAGA





I. ZULOAGA. BAILARINAS ESPAÑOLAS  
(COL. FLERSCHEIM, DE FRANCFORT S/MAIN)

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY



DÓN PEDRO, POR I. ZULOAGA (COL. VAN KUSTER, BRUSELAS)

Amigo de artistas geniales cual fueron los escultores Carpeaux y Barye, — de quienes solo se conocen en España débiles reproducciones en fotografía ó grabado, — abrió los ojos del entendimiento á todos los aspectos de concebir el arte que se apartan de la producción inconsciente que asemeja algunos artistas á las abejas, produciendo la miel por un mero instinto de interés materialmente vital. Cuando joven, era Plácido Zuloaga un ornamentarista y compositor decorativo extraordinario y al volver al lado de su padre fué maestro consumado en toda suerte

de cincelados y damasquinados á *punceta*, incrustando el oro y la plata en hierro y acero con la misma facilidad de quien dibuja. Más tarde, después de una larga estancia en Dresde, hizo revivir en floración potente, los incrustados y repujados que había estudiado en las piezas insuperables acabadas por los antiguos maestros armeros de Ausburgo, Nuremberg y de Milán.

Las obras de Plácido Zuloaga, conservadas en todos los palacios reales de Europa, demuestran hasta que punto dominaba los elementos fundamentales de su arte. Activísimo é incansable trabajador, formó en derredor suyo un numeroso contingente de discípulos, que continúan aisladamente las prácticas materiales del arte aprendido al lado del maestro, sin recordar el alto vuelo del verdadero artista que además de las herramientas del artesano, ha manejado con osadía los esmaltes, los pinceles y el desbastador del escultor.

Junto á este hombre tan querido y respetado como á padre, como admirado por sus cualidades de artista, creció el pintor Zuloaga, familiarizándose con los objetos y las ideas que constituyen la razón de una escuela de arte; por todo ello, al abandonar definitivamente el estudio de carreras hacia las cuales no sentía la menor inclinación (1), y en ocasión de acompañar á su

(1) Primero se decidió que el joven Zuloaga fuese comerciante, mas, como á transacción entre sus inclinaciones, se escogió una carrera, que fué la de arquitecto.



UNA CALLE, EN HARO

POR I. ZULOAGA

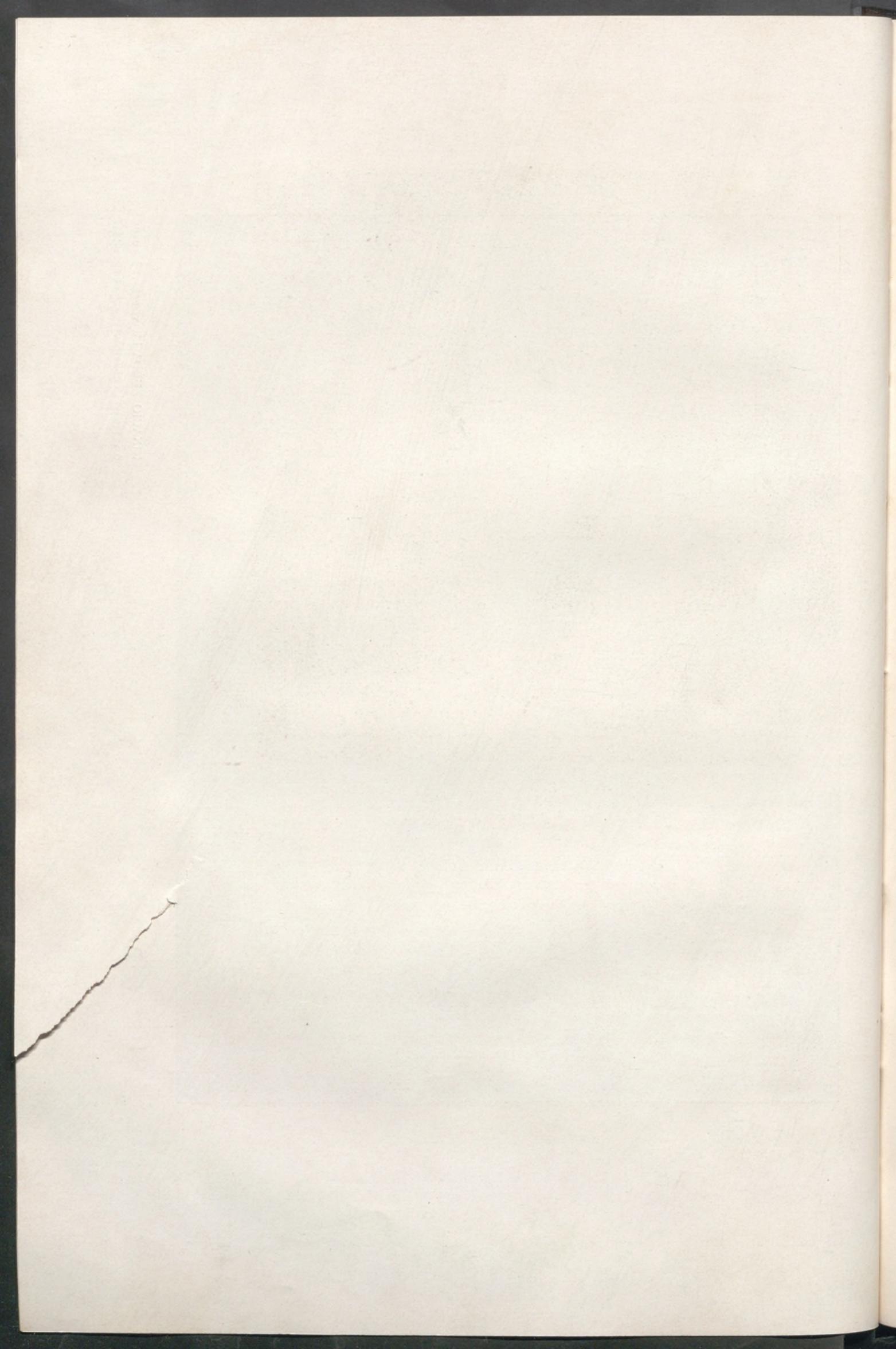
padre en un viaje á Roma, la vocación de pintor se reveló impetuosamente, ejecutando en los seis meses de estancia en la Ciudad Eterna, el primer cuadro que expuso en el viejo Salón de París, en 1890.

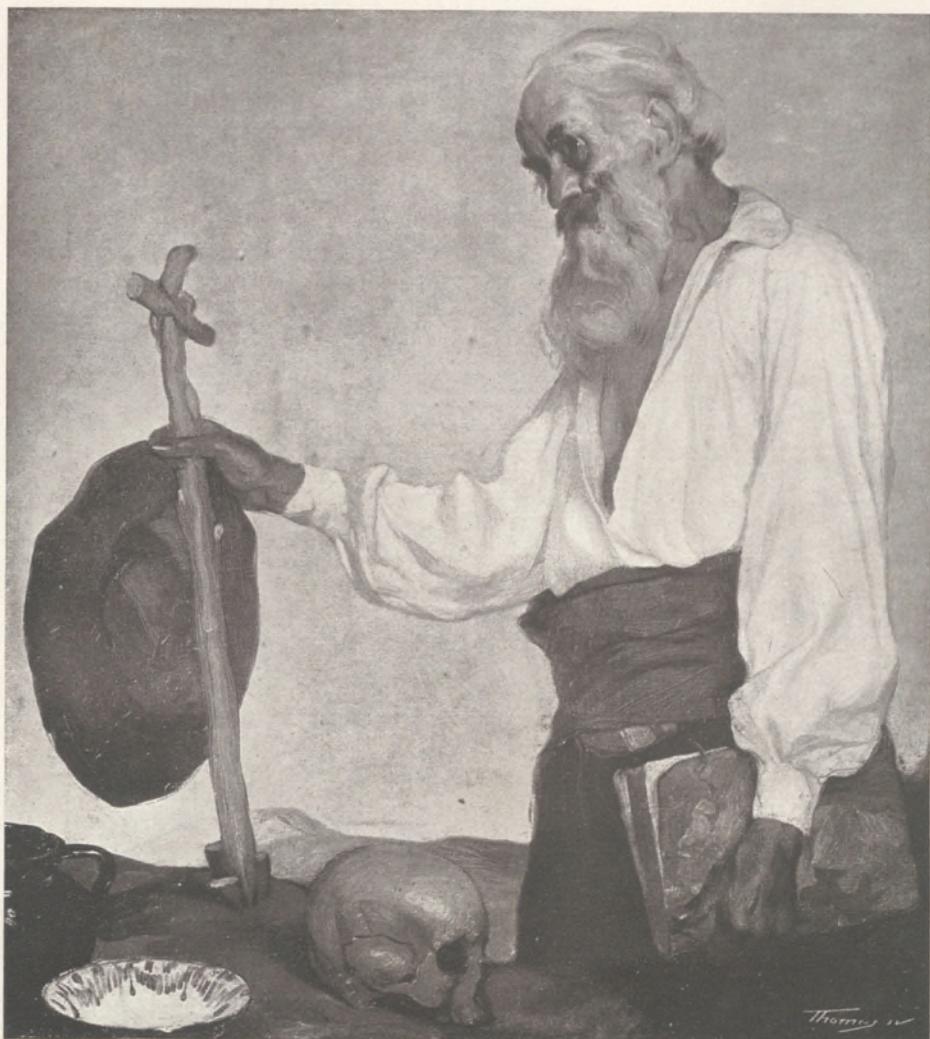
Esta obra, como todas las demás de Zuloaga, hasta 1895, llevan impreso el sello de un hombre que posee las dotes naturales para ser un gran pintor, sin haber hallado el camino apetecido, y este hecho constante en la vida de todos los pintores interesantes, constituye las famosas y nunca bastante bien ponderadas *maneras* que los críticos escolásticos erigen en períodos, como los de las metamorfosis de los insectos ó los de las reacciones químicas. Afortunadamente, Zuloaga ha alcanzado su tercera *manera*, después de haber atravesado las dos épocas geológicas de rúbrica: la *primera*, durante la cual el joven artista sigue la influencia directa del profesor impuesto ó de las obras



IGNACIO ZULOAGA. VÍSPERA DE TOROS  
Ó ANTES DE LA CORRIDA. (MUSEO DE BRUSELAS)







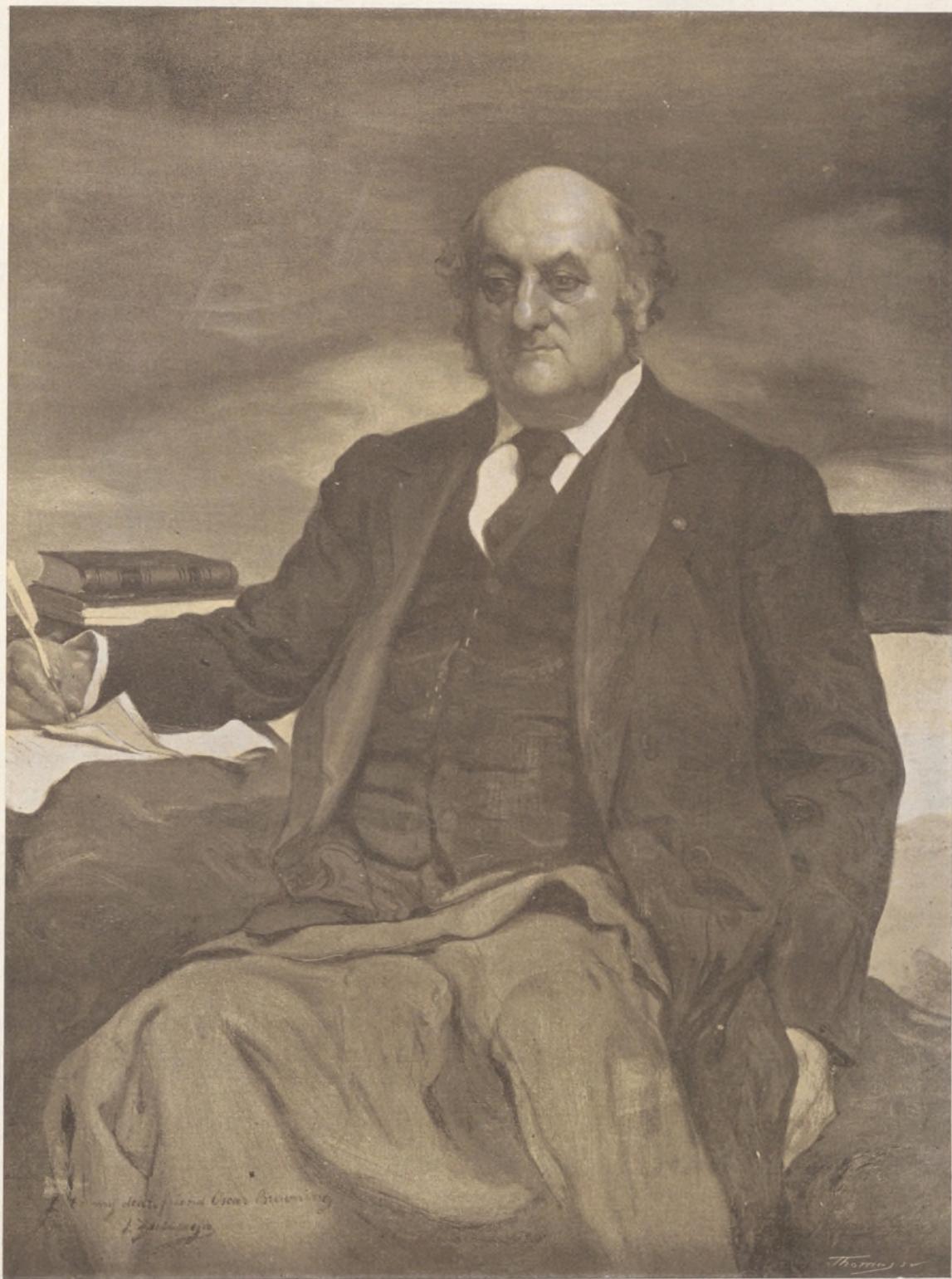
ERMITAÑO DE SEGOVIA

POR I. ZULOAGA

escogidas como modelo; la segunda, más ó menos larga, mientras duran los titubeos y las dudas entre las ideas preconcebidas y el imperio de los consejos que no se avienen con el temperamento, en lucha con la fuerza del impulso libérrimo del que procura abrirse paso derribando piedra á piedra ó tumultuosamente la muralla que cohibe la personalidad definitiva. Los más, se detienen en la primera escaramuza y son los amanerados, copistas, imitadores y pintores reflejos. Otros, alcanzan las pruebas siguientes y constituyen la enorme cohorte de los pintores interesantes, — de un interés relativo, — cuyas obras aseméjense ora á uno, ora á otro de los pintores profundamente personales. Estos, los pintores que alcanzan á pintar con el individual sello del genio, también tienen afinidades con otros Maestros que han sido, pero son afinidades ancestrales que ennoblecen, que constituyen las grandes familias artísticas que honran las patrias y establecen la debida separación de la obra adocenada de filiación anónima, bastarda ó borrosa.



EL POETA DON MIGUEL (1899), POR  
I. ZULOAGA. (MUSEO DE VIENA)



I. ZULOAGA. MR. OSCAR BROWNING, DE CAMBRIDGE





SERENO DE SEGOVIA, POR I. ZULOAGA

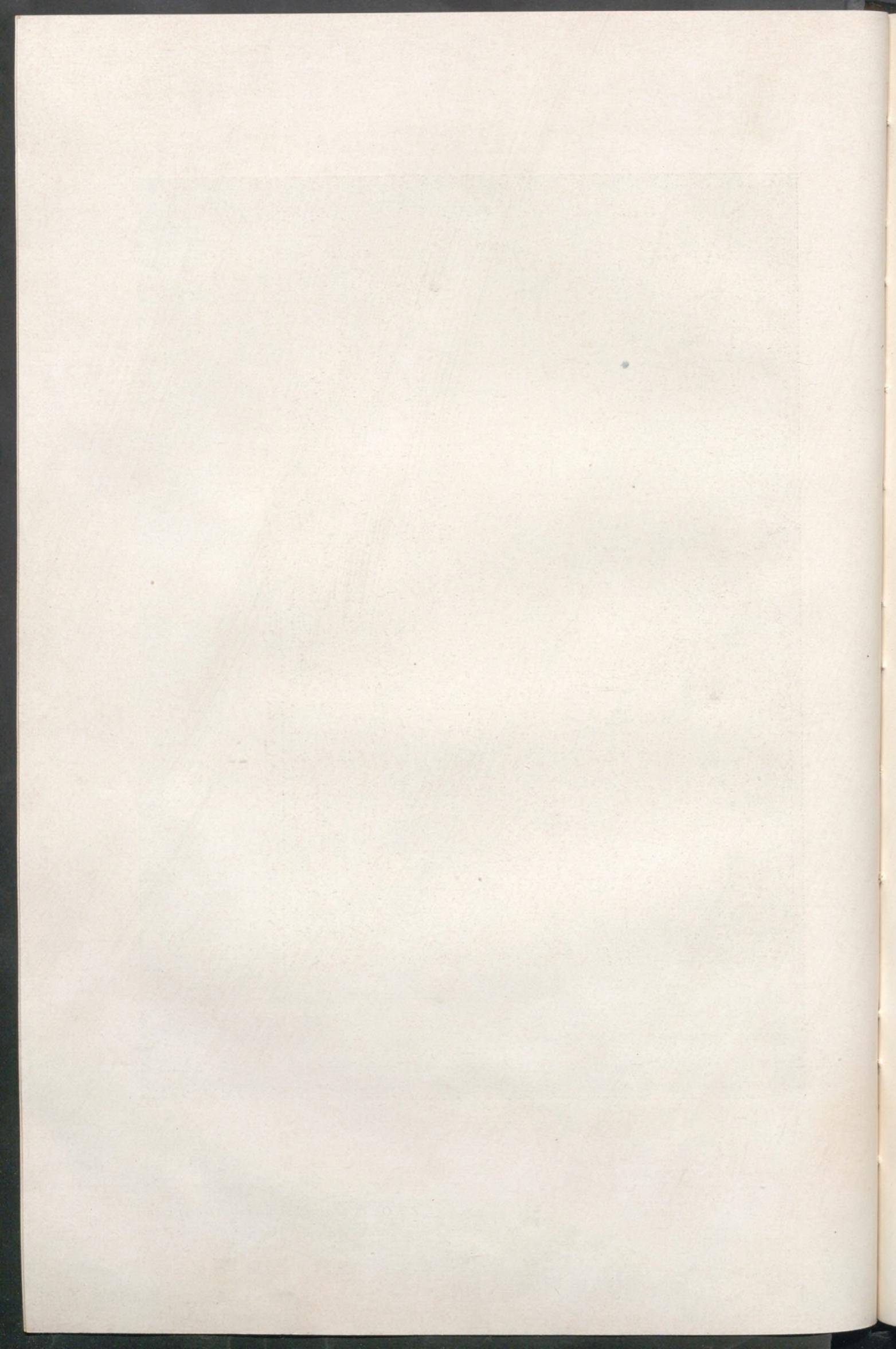
Al llegar Zuloaga á París sin ninguna idea germinada de cuantas recogiera en Roma, no pudo contemplar la pintura francesa como un ideal deseado. A la larga, admitió probablemente que los pintores franceses eran gentes de talento, y cuando al balbucear el lenguaje que pintaban advirtió que casi todos eran hombres inteligentes, trocóse en un innovador más desenvuelto que los que capitaneaban las huestes radicales de la pintura. Admiró con sinceras apariencias de desear emularlos, las maneras ultra-intelectuales de Gauguin, Degas y Toulouse-Lautrec; yo recuerdo *las cosas* que pintaba el Zuloaga de entonces (1891 á 1897), que corresponden al estado de inquietud de quien no está satisfecho de lo que hace suponiendo que alguno de los que le rodean posee la verdad; pareceme ver un lienzo, con un fornido labriego francés fuerte, alto y macizo, plantado en mitad de un prado de un verde ensalada y velado por refregados azul celeste, subrayado con un atroz dobladillo ultramar, que era la *dernière* de aquel tiempo. El cuadro, bien dibujado y pintado con alardes de verdadero pintor, exhalaba piedades enfermizas; aquel gañán francés, con toda su ruda humanidad, parecía encerrado en aquella cárcel lívida, y el pintor tan descontento como el personaje pintado, desvanecía en discusiones inacabables, sumergiéndose en pasajeras costumbres extrañamente exóticas y en tanteos que aumentaban su inquietud haciendo asomar la amenaza del descorazonamiento. Llegó un momento de aspecto trágico, en que llegamos á temer que el pintor iba á arrojar la paleta para manejar el estoque y la muleta!

Esta fugaz afición al toreo, trájole á España, y el contacto de su patria renovando el portento de Anteo, devolvióle toda su fibra de pintor potente y la salud del alma artística. Devuelto al París de las grandes luchas artísticas, pasó Zuloaga la maldita raya azulina y expuso en la galería de Le Barc, de Bouteville (en 1895), una série de lienzos que *hablaban en Español* sin necesidad de leer la firma. Descollaba entre todas, una oscura tela reflejando una buena moza soberbiamente erguida en un pequeño otero, detrás de una baja barandilla; estaba pintada con el ardimiento y acometividad de quien se atreve á gritar porque tiene razón, y desde luego se impuso á la admiración de muchos; los pintores franceses la ensalzaron bastante, otros que no lo eran emitieron interesados distingos y solo supieron ver en los primeros esfuerzos del verdadero Zuloaga, las afinidades aquellas de las que se ha hecho mención. El pintor norteamericano Dannat adquirió lo que le pareció mejor, y todo aparentaba que la desesperación del joven pintor no debía tener consuelo, ni repercusión en España el triunfo moral obtenido en París. Por aquel entonces mandó Zuloaga á la exposición de Barcelona (1896), un cuadro, *Amigas*, que sin tener el jugo de los que le siguieron más tarde cuando se sazonó el talento del pintor, continua figurando entre los mejores del Museo Municipal que lo adquirió.

Mas tarde, cuando después de una larga estancia en Segovia y Andalucía mandó otro lienzo á la exposición de esta ciudad (en 1898), la personalidad del pintor había sufrido todas las sedimentaciones apetecibles y su obra, des-



I. ZULOAGA. RETRATO DE MADEMOISELLE ALICE D.  
(LA CUÑADA DEL AUTOR)





MADAME LOUISE, POR I. ZULOAGA

(MUSEO DE VENECIA)

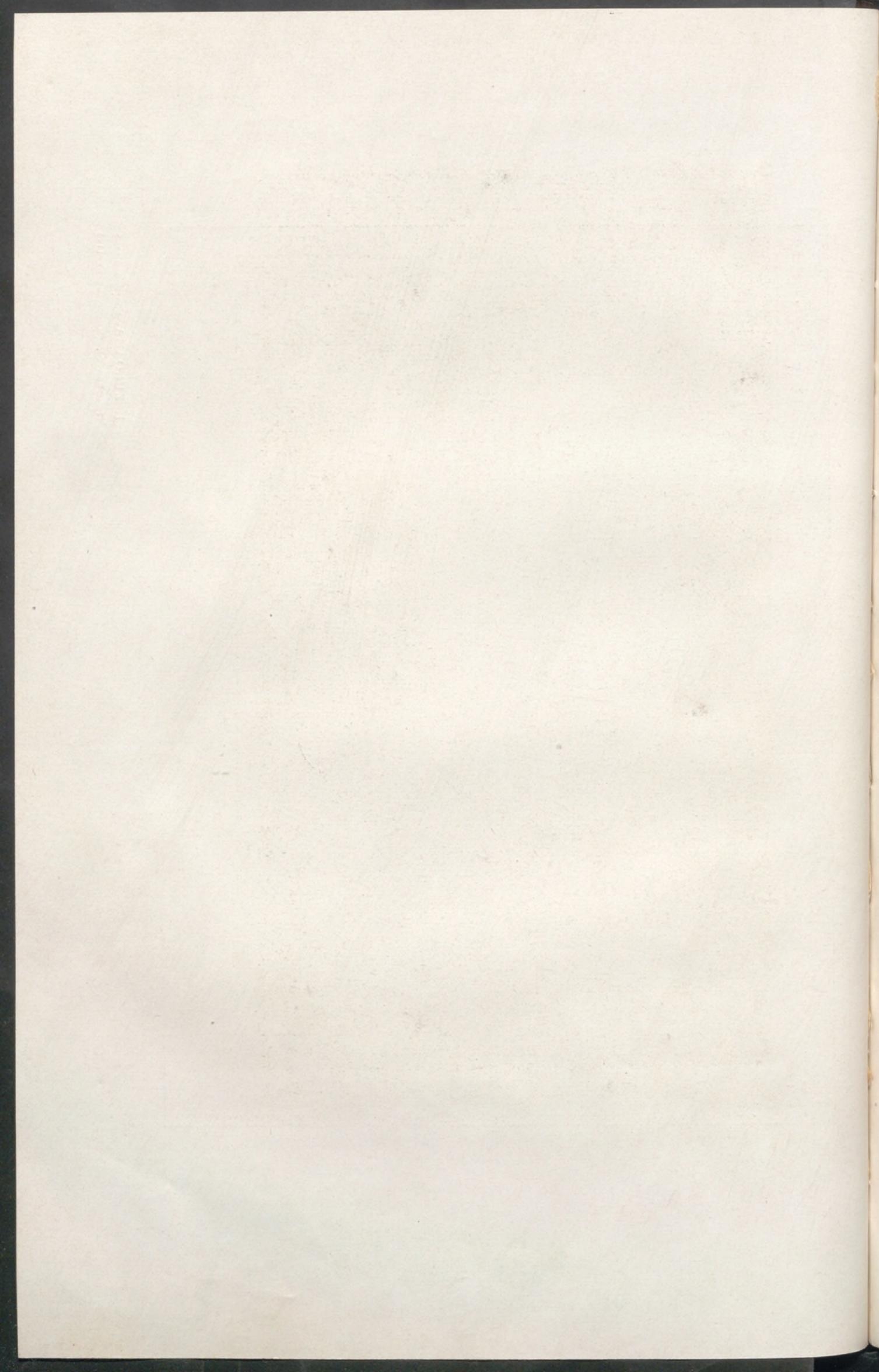
pojada de antiguas enseñanzas y prejuicios, era bien suya y abría plaza para la larga série que tan sólidamente ha cimentado la buena fama de Zuloaga y que precisamente tendrá feliz coronamiento en nuestra patria, por obra y gracia de este mismo cuadro. La historia del lienzo «Antes de la corrida» es añeja, conocida y desagradable, pero hay clavos que conviene remachar,



PREPARÁNDOSE Á SALIR, POR I. ZULOAGA



I. ZULOAGA. LOS BEBEDORES  
(FRAGMENTO). (MUSEO DE BERLIN)





COQUETERÍA DE GITANA, POR I. ZULOAGA  
(COL. ROTHERMUNST. DRESDE)



LE VIEUX MARCHEUR (FRAGMENTO), POR J. ZULOAGA

COPIA DEL MUSEO DEL PRINCE DI S. CARLO  
ROMA



IGNASI ZULOAGA. «PAULETTE DE LA  
HARPE, EN DANUSESE ESPAGNOL»



cuando pueden servir de provechosa lección para contingencias parecidas.

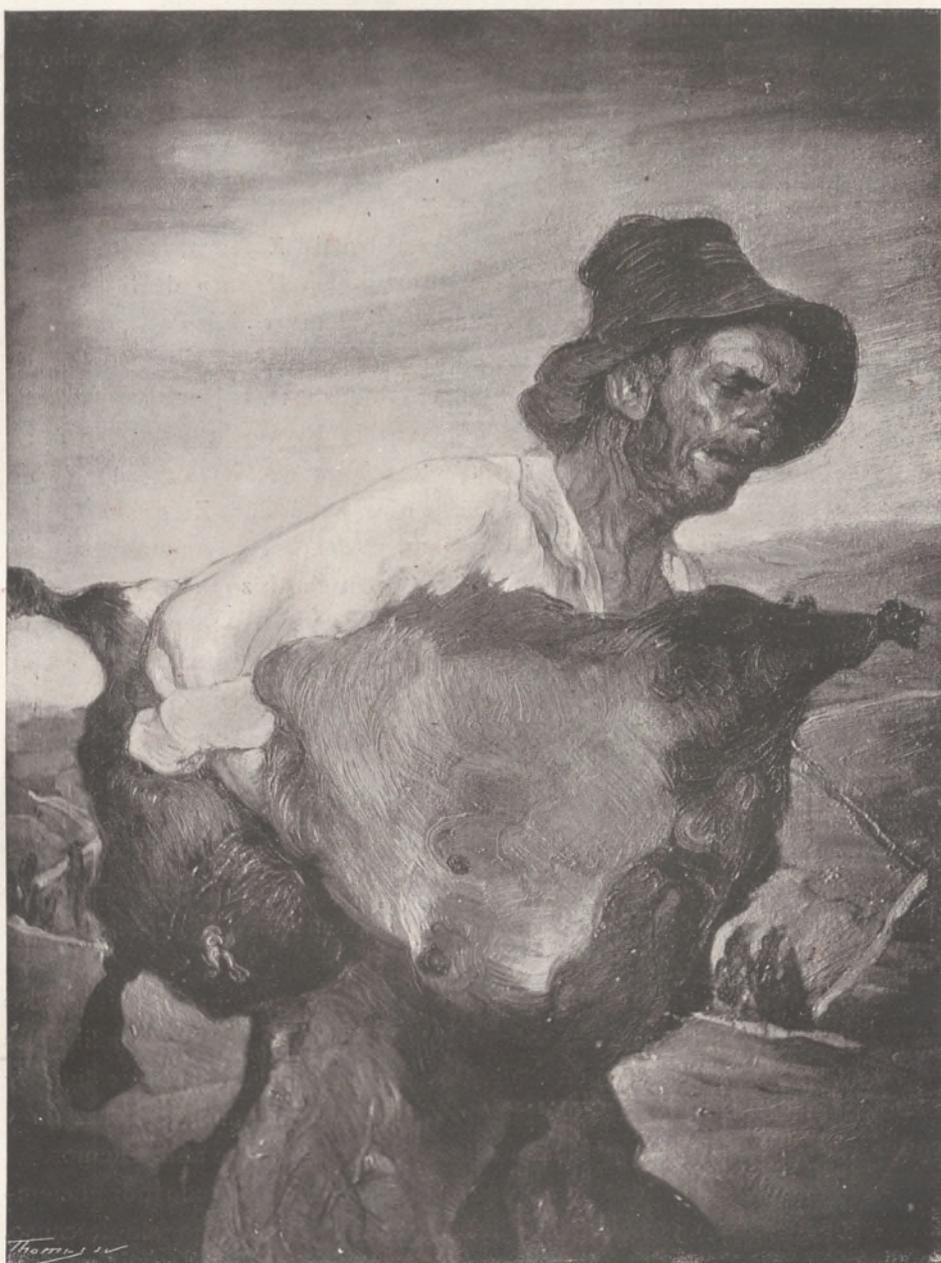
La exposición que había comenzado con sin igual entusiasmo, acabó de bien distinto modo por la fatal coincidencia de espantosos desastres; la obra alcanzó gran éxito entre todos los artistas jóvenes y otros que sin ser jóvenes, continúan siendo artistas, y el jurado convencido por un pintor extranjero de un talento completamente opuesto al de Zuloaga, el director de la Academia de Amberes, De Vriendt, recabó para el cuadro de Zuloaga, la medalla de oro. Adquirido por Santiago Rusiñol para su «Cau Ferrat» de Sitges, fué prestado más tarde para figurar en la Exposición Universal de París, en donde un jurado de españoles, ó cuando menos de gentes con nombres españoles, tuvo el imperdonable desacierto de rehusar el lienzo (1), bajo el pretexto oficial de faltar espacio para obra tan grande, siendo así que las salas españolas fueron la reunión de las mayores *Grandes machines* que hayan visto los siglos! No pudiendo substituir la obra por otra, hallándose Zuloaga en plena crisis de producción, debía aguardar la clausura del certamen para devolverla á la colección de origen, cuando el Museo de Bruselas hizo ofertas tan grandes como honrosas, apresurándose Rusiñol á aceptar un nuevo cuadro que hoy posee para facilitar la entrada de la obra en la gran colección Belga, en beneficio absoluto del autor. Desde la Exposición de 1900, comenzó una nueva cólera de Aquiles, la de Zuloaga, que por fortuna ha suavizado el recuerdo de los primeros honores recibidos y de los triunfos alcanzados aquí, junto con el cariño y admiración constantemente demostrados por sus admiradores y amigos. Así el amor y la sinceridad, han enmendado el yerro cometido por una camarilla forastera al arte, cuyo recuerdo perdurará á semejanza de la negativa honra que cabe al cabildo de Toledo que anduvo en procesos por el *Espolio del Greco*.

Zuloaga solo pinta lo que pinta á gusto, y todas sus figuras y sus fondos aparecen resueltos como de una sola pincelada creadora; son obras definitivas en las cuales los que nos ven ennoblecidos por la distancia y el prestigio de tanto pasado glorioso, ven la representación inteligente, alta, armonizada y conmovida, de la vida que pasamos y de las costumbres que aún tenemos.

Ignacio Zuloaga es todavía muy joven (2), y acostumbrado por el ejemplo de sus mayores y por el de los pintores franceses á trabajar sin descanso, puede muy bien decir, como lo hace en una de sus personalísimas cartas: «Solo le pido á Dios que me dé salud, para poder sacar lo que tengo dentro.» En contacto constante con la vida, con esta vida española tan naturalmente hija de los accidentes del suelo y de los distintos climas que la rigen, goza en vida de los primeros triunfos que puede apetecer un pintor, aún antes que del provecho y del aplauso de los que se llaman inteligentes. Cuando en las aldeas que son sus talleres ocasionales, dá la última mano á las séries de estudios que luego desarrolla en París, los humildes, los que no han visto más pintura

(1) Así como una magnífica estatua de José Llimona, la mayor parte de la série de *Jardines de España*, de Rusiñol, y el cuadro de Casas que ahora figura en el Museo Municipal.

(2) Nació el 26 de Julio de 1870.



LA VENDIMIA (FRAGMENTO)

POR I. ZULOAGA

que los arreboles del cielo y las germinaciones de la tierra, los labriegos, los pastores, las mozas de faena, todas aquellas gentes que nada saben de jurados, medallas, camarillas, ni crítica, comprenden que en aquellas telas pintadas por el que ha sido su amigo y compañero, han de sufrir una dulce emigración que les hará admirar por hombres superiores que afortunadamente no conocen y las contemplan y desean, cual si la obra del pintor fuera para ellos. Diríase que aquella gente inculta presiente que ha de quedar como muestra de los españoles de ahora, ante los hombres futuros.

M. UTRILLO.



I. ZULOAGA. LOS VENDIMIADORES. (FRAGMENTO)

